

<sup>8</sup> Uno de los rasgos de la personalidad humana y científica de Maravall, resaltado en varias ocasiones y desde distintos lugares a su muerte, era su atención y generosa disponibilidad siempre hacia los jóvenes investigadores y estudiosos dedicados a su tarea intelectual, para quienes constantemente mantenía sus puertas abiertas.

<sup>9</sup> Pueden verse al respecto los dos artículos sobre Moratín (escritos respectivamente en 1978 y 1984), todos los que hacen referencia al teatro del XVIII, muy especialmente el de «La función educadora del teatro en el siglo de la Ilustración» (1982), «Notas sobre la libertad de pensamiento en España durante el siglo de la Ilustración» (1984), e indirectamente en todas las referencias a la significación de las ideas y mentalidades, desde «Mentalidad burguesa e idea de Historia» (1972) a «La fórmula política del despotismo ilustrado» (1985).

volumen la luz por primera vez en lengua española. María Teresa Herrero de Maravall ha hecho posible, con su entusiasmo y lealtad conmovedora de toda su vida a su marido, que esta edición llegue a buen fin. Para mí ha sido un honor y una alegría llena de responsabilidades el haber sido depositaria de la confianza de José Antonio Maravall en vida para que conociese el estado de la cuestión de sus papeles y trabajos en los últimos tiempos de forma constante, confianza que en su ausencia siempre sentida ha sido generosamente reiterada por M<sup>a</sup>. Teresa y sus hijos. Sólo espero que esta primera edición póstuma de una parte de la obra de Maravall facilite a historiadores, investigadores y lectores de la historia en general, el acceso a una comprensión y enriquecimiento de nuestro pasado a través del trabajo paciente, brillante y apasionadamente objetivo del gran historiador que fue el profesor Maravall.

En cuanto a las líneas fundamentales de su investigación sobre el siglo XVIII español, resulta difícil, por su riqueza y complejidad, sintetizar el núcleo o núcleos de su pensamiento siempre en evolución a medida que acrecentaba los datos y el conocimiento de la historia de España. Hay, en efecto, en toda la obra de Maravall —y naturalmente en esta relacionada con el siglo XVIII— una conjunción equilibrada y nada sencilla entre la fidelidad e interés por unos temas o hilos que guían en él la búsqueda y elaboración de los datos históricos y, al tiempo, la flexibilidad y atención con que incorpora nuevos enfoques metodológicos y las aportaciones de otras corrientes historiográficas que le parecen innovadoras, ya provengan de escuelas e historiadores consagrados o de investigadores todavía jóvenes, aunque no principiantes<sup>8</sup>. Nunca existió en su larga elaboración historiográfica ni dogmatismo de método ni de contenido, pero tampoco, dadas su formación y su inteligencia, ninguna trivialización o seguimiento de modas o fórmulas metodológicas. Su defensa, en la propia visión de la historia de España, de la combinación compleja entre tradición e innovación y su polémica no exenta de ironía hacia lo que bautizó como el «banal-marxismo» con que en ocasiones se interpretaban ciertos aspectos del teatro y de la historia del XVIII, por ejemplo<sup>9</sup>, testimonian la solidez y flexibilidad con que encaraba su propio trabajo de historiador.

Sobre esta base de fidelidad y flexibilidad, es decir, de transformación continuada y cambio de perspectiva o enriquecimiento de los temas dieciochescos, se puede proponer, como primera aproximación, —y muy consciente de que se trata de una esquematización para dar una idea al lector de la riqueza de su temática— una serie de «bloques» y una lista de problemas que se repiten sistemáticamente desde aquella su primera reseña sobre el libro de Sarrailh en 1955 hasta su última monografía corregida y entregada para su publicación en inglés *Idea y función de la educación en el pensamiento ilustrado* en 1986. Si la citada reseña del 55 —y las dos que la siguen en los diez años siguientes, hasta la publicación, como se dijo, del primer artículo sobre Cadalso en 1966—, son simultáneas en el tiempo a la publicación de sus libros y monografías sobre la Edad Media, el Renacimiento, Carlos V, las comunidades o antiguos y modernos, cuando escribe el último, en el 86, acaba de ver publicado su libro sobre la picaresca, ya mencionado, y en medio ha quedado consagrada definitivamente su obra ingente sobre el Barroco. En todo ese tiempo transcurrido, y en toda esa gran obra realizada, han seguido planeando, sin

embargo, y por lo que respecta a la Ilustración española, unas mismas cuestiones, una misma trama a desentrañar.

## España y Europa

En primer lugar, el problema de la propia existencia de una Ilustración en España. En contra de interpretaciones un tanto sesgadas o quizás apresuradas sobre el XVIII español, al que se le negaba toda originalidad (negatividad en la que eran curiosamente coincidentes Menéndez Pelayo y Ortega, por citar dos de los nombres más influyentes en la erudición e intelectualidad española de los años de formación de Maravall), nuestro historiador resalta, desde la reseña sobre el libro de Sarrailh, y posteriormente a lo largo de toda su obra, la historicidad y realidad de una Ilustración en España, situada en el mismo fondo común o trasfondo mental que la del resto de Europa. Lo cual implica asimismo la afirmación de su especificidad, pero en el mismo sentido en que son también específicos los movimientos ilustrados en Alemania, Italia o cualquier otro país europeo en un espacio histórico y temporal compartido.

Creo que la generación de mis maestros —escribió—<sup>10</sup> sufrió un error de óptica al apreciar el siglo XVIII en España, y aunque algunos no dejaron de estimar algunas de sus aportaciones, se equivocaron en general al medir el espesor de lo que su sedimentación había dejado sobre la sociedad española...

Espesor de una sedimentación que, como ya había escrito en la reseña del libro de Sarrailh «demuestra la plena existencia de una Ilustración española en inmediata relación con la del resto de Europa, pero no por eso menos teñida de un carácter privativo». Contra toda «nostalgia de diferencialismo», Maravall insiste en la línea europea del desarrollo, pese a obstáculos y efectos retardatarios, del XVIII español (como antes había insistido en fenómenos similares en el Renacimiento o el Barroco)<sup>11</sup>.

## Continuidad del tejido histórico. Supervivencias e innovaciones

En segundo lugar, Maravall insiste una y otra vez, al hilo de lo anterior, en dos aspectos: por un lado, en una cierta relativización de la influencia francesa, que los grandes hispanistas extranjeros, sobre todo, como es lógico, los hispanistas franceses, tienden a resaltar. No sólo los ilustrados españoles están en contacto con los ilustrados franceses y leen sus libros, sino que es evidente —y así lo demuestra la aportación historiográfica, la fuerte influencia inglesa, la alemana y también la italiana, por ejemplo, a través de Muratori<sup>12</sup>. Es decir, que los ilustrados españoles, como el resto de los ilustrados europeos, están en contacto con todas las fuentes y tendencias innovadoras de su época, aun cuando en ciertas ocasiones, o en ciertos autores, predomine más una influencia, o quizás una convergencia, de un signo u otro. Lo que lleva a Maravall, por otro lado, a la nega-

<sup>10</sup> «Espíritu burgués y principio de interés personal en la Ilustración española». *Hispanic Review*, vol. 47. n.º 3, pp. 291-325.

<sup>11</sup> Véanse, además de la reseña del libro de Sarrailh, ya citada, «Notas sobre la libertad de pensamiento en España durante el siglo de la Ilustración». *Nueva Revista de Filología Hispánica*, tomo XXXIII, n.º 1, México, 1984, pp. 34-58; «La fórmula política del despotismo ilustrado». *Actas del Congreso I Borboni di Napoli e I Borboni di Spagna, Nápoles, 1985. Vol. I, pp. 9-33*, y «Los límites estamentales de la educación en el pensamiento ilustrado», *Revista de História das Ideias*, vol. 8, Coimbra, 1986.

<sup>12</sup> Reseña del libro de Sarrailh. — Y en «Novatores y preilustrados: la obra de Gutiérrez de los Ríos, tercer conde de Fernán Núñez (1680)», *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 340, Madrid, 1978, pp. 1-16.

ción del carácter «extrajerizante» que tantas veces en el pasado se atribuyó al siglo XVIII español. Muy al contrario, una de las tesis más defendidas y argumentadas por Maravall a lo largo de sus estudios sobre esta época es la existencia del doble juego de supervivencias e innovaciones que se da en nuestros ilustrados y que permite la reconstrucción de un tejido histórico que intenta armonizar la apertura a Europa con la conservación de la tradición hispana<sup>13</sup>.

Este es otro de los puntos claves de toda la investigación de Maravall sobre el XVIII. Lo significativo para la comprensión del movimiento ilustrado español no es, como tantas veces se ha insistido, el enfrentamiento o la batalla de una España tradicional contra una Europa innovadora. Lo significativo es que las clases cultas españolas se hallan inmersas en el enfrentamiento entre dos concepciones igualmente europeas. Tradición y modernidad —dirá Maravall— pueden ser, en efecto, dos frentes que se combaten, pero una y otra vienen de Europa; carece de sentido observarlas tan sólo como una peculiaridad española. Una figura como Feijoo, por ejemplo, es un polemista inserto en la disputa entre la Europa del latín y la Europa del francés<sup>14</sup>, que desde luego desarrolla su polémica en unas condiciones «nacionales» peculiares, pero sobre un trasfondo común a todos los europeos; con mayores o menores dificultades, pero en un contexto similar y con planteamientos nacidos de unas situaciones históricas comparables y simultáneas. Los obstáculos pueden ser mayores en nuestro país, incluso casi insalvables en ciertos aspectos o cuestiones determinadas, pero no se puede olvidar el carácter minoritario que el movimiento ilustrado tiene en toda Europa<sup>15</sup>, con independencia de su mayor o menor influencia en los acontecimientos y en la formación de una nueva imagen mental que será decisiva para configurar el mundo de la modernidad.

Es decir, que en España puede resultar evidente que el proceso general europeo está retardado en relación con Europa, debido «probablemente» a «la mayor capacidad de resistencia de las viejas estructuras sociales», reforzadas por «la potencia de los instrumentos de represión»<sup>16</sup>, pero el proceso no es sustancialmente distinto.

Las monografías y estudios concretos sobre Feijoo, Mayáns, Campomanes, Jovellanos, Forner, Capmany, Moratín, Cadalso... descubren que el despertar de las Luces no fue provocado por causas externas y ajenas, sino que corresponde a un movimiento general de una parte minoritaria pero significativa de la propia sociedad española. Desde finales del XVII, coincidiendo por lo demás con una recuperación que los historiadores económicos sitúan muy claramente ya en los últimos años del reinado de Carlos II, hay una importante movilización de las capas más sensibles y cultas intelectual y científicamente. Novatores, eruditos y sabios de la primera mitad del XVIII llevan a cabo una auténtica reconstitución del patrimonio cultural e histórico del país, aunando el respeto a la tradición hispana y hundiendo sus raíces intelectuales en el Siglo de Oro y, al tiempo, abriendo España a la cultura europea, a lo que se denomina «mundo moderno»: racionalismo filosófico, empirismo, orientación analítica, criticismo. Sin todo este largo proceso no podría entenderse el indudable esfuerzo de desarrollo científico y técnico de finales del siglo XVIII, en la medicina, la botánica, la metalurgia, las ciencias físico-matemáticas, la astronomía, la química, las ciencias naturales..., esfuerzo serio para incorporar España a la comunidad científica europea. Es decir, que con los novatores desde finales del XVII, los sabios

<sup>13</sup> «G. Mayáns y la formación del pensamiento político de la Ilustración». *Símposio Internacional en el bicentenario de la muerte de Gregorio Mayáns*. Valencia, 1982, pp. 43-80.

<sup>14</sup> «Feijoo, el europeo, desde América», op. cit., p. 350.

<sup>15</sup> «Notas sobre la libertad de pensamiento...», op. cit., p. 35.—Y «Los límites estamentales de la educación...», op. cit., p. 126.

<sup>16</sup> «Espíritu burgués...», op. cit., p. 294.